

Mi amigo Alberto

FRANCISCO AURA JORRO

Universidad de Alicante

Me piden los editores de este homenaje una semblanza del Prof. Bernabé, uno de los especialistas españoles en Humanidades Clásicas, hoy por hoy, con mayor proyección internacional. De manera que, movido más por la justicia que por la gratitud o la amistad (que son grandes), intentaré esbozar algunos de los aspectos que considero más relevantes de la persona y del académico con un currículum apabullante, en el que se cuentan casi doscientas publicaciones, numerosos cursos y conferencias, tanto dentro, como fuera del país, y, lo que creo no menos importante, con más de cuarenta años de docencia.

Llegado a Madrid desde su Huelva natal, ingresa en el venerable Instituto de E.M. *Cervantes*, cuyo catedrático de Griego, a la sazón, era D. José S. Lasso de la Vega. Creo que esa circunstancia fue definitiva para la inclinación por las Humanidades Clásicas de Alberto. Alguien que, entre otras *habilidades*, tenía (y conserva) una mano suelta para el dibujo, una buena cabeza para los números, una sensibilidad singular para la música y, lo que es mejor, una estupenda mente cartesiana que le permite acometer con soltura empeños cuya dificultad desanima al más pintado.

Decidida su vocación, pasa a la Facultad de Filosofía Letras de la Universidad Complutense, donde se encuentra con lo que probablemente fue uno de los planteles de profesores en Humanidades Clásicas más interesantes de la Europa de entonces. El contacto directo con algunos de ellos, Fernández-Galiano, Lasso de la Vega, otra vez, o Adrados, nuestro común maestro, entre otros, le abre campos de estudio e investigación que con el tiempo se transformarían en hitos de su currículum. Me refiero, por ejemplo, a su edición de los fragmentos de los épicos griegos, la primera publicación de un español en la *Bibliotheca Teubneriana*, a su *Manual de Lingüística Indoeuropea* o a las excelentes traducciones, no solo del griego antiguo, con que nos ha ido regalando. Y todo ello unido a una espléndida formación lexicográfica, adquirida, de la mano de Adrados, en la redacción del *Diccionario Griego-Español*.

No obstante, no ha sido solo el contacto con los maestros lo que ha guiado sus pasos. También han contado, como no puede ser de otra manera en un profesional de su talla, su curiosidad e inquietud intelectual, cualidades que lo han proyectado hacia nuevos empeños científicos. Este será el caso, entre otros, de su interés por sus queridos presocráticos, por el pensamiento órfico o, *quod me attinet*, por la filología micénica.

Pero es con su acceso por oposición al funcionariado docente universitario, primero como adjunto y luego como catedrático, cuando comienza para Alberto una de las actividades, vocación, diría mejor, más importante y querida para él: la docencia y, con ella, el contacto con los alumnos. Como diré en otro lugar, no puede entenderse el Bernabé investigador desligado del Bernabé docente. La suma de ambos hacen de él un verdadero maestro que, con entrega, rigor y una rara virtud simpática, propia solo de unos pocos, se ha hecho querer tanto por alumnos reglados, como foráneos. Los unos confiesan que «han madrugado felices» (y seguro que aún lo hacen) para asistir a sus clases; los otros, nacionales o no, siguen agradeciendo su peregrinaje docente.

Por si lo dicho fuera poco, tampoco ha rehuído el participar en la gestión académica, el tercer pilar, juntamente con la docencia y la investigación, sobre el que se asienta la universidad pública. Ha sido elegido y reelegido Director de su Departamento universitario. De igual manera, y siempre que ha sido requerido, ha multiplicado su tiempo para prestar su colaboración a entidades científicas ya consolidadas (la Sociedad Española de Estudios Clásicos, el *Centro de Estudios del Próximo Oriente*) o en los momentos difíciles de su nacimiento (la *Sociedad Española de Lingüística*).

Diré aún más. En la relación con sus colegas, soy testigo de excepción de una generosidad sin límites en cuantas ocasiones han sido solicitados su ayuda o su consejo. Siempre lo hemos encontrado dispuesto a prestar su colaboración de persona sabia, cabal y de gran sentido común. En suma, quienes a él hemos recurrido siempre hemos sido receptores del beneficio de una actitud claramente generosa y, lo que es mejor, de su sentido de la amistad.

Acabo estas líneas con el deseo, sin duda compartido, de que el bagaje de humanidad y ciencia reseñado tenga continuidad con un legado mucho más prolongado del maestro que hoy, con este libro jubilar, recibe una prueba más del cariño y del respeto de quienes hemos tenido la fortuna de conocerlo. ¡Alberto, muchas gracias!

Alberto Bernabé

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo (CCHS, CSIC)

Para un enamorado de la antigua Grecia como el que suscribe haber conocido y tratado a Alberto Bernabé Pajares es una especie de entorchado que enriquece la hoja de servicios a la vida, un privilegio del que envanecerse ante la sociedad. Alberto Bernabé es un filólogo de raza, y su incesante actividad como editor de textos, como mitólogo, como indoeuropeísta, como historiador de las religiones especializado en orfismo, como hititólogo, lo ha ubicado en una casilla de excepción en el cuadro de honor de la filología clásica española contemporánea. Su generación es la siguiente a la de los fundadores de esa disciplina en España, pues se puede decir que antes de Adrados, de Galiano, de Gil, Ruipérez y Lasso de la Vega existían tan solo contadas excepciones de auténtico calado en los estudios clásicos merecedores de ese nombre.

Junto al sabio, que con una aparente y pasmosa facilidad ha acometido trabajos filológicos dignos de compararse con los de Heracles, debo referirme también, y yo diría que con más argumentos todavía, al hombre que hay detrás del estudioso. Siempre que evoco la figura real, corpórea, de Alberto, lo imagino sonriendo. Llevo casi medio siglo imaginándolo así, y eso, teniendo en cuenta que la risa es el *proprium* del hombre, acentúa y enfatiza su condición y su vocación de humanista. Porque Alberto Bernabé es, ante todo, un humanista que podría haber llegado anteayer mismo de la Constantinopla devastada por los turcos para traernos a los habitantes de la remota Hesperia el mensaje imperecedero de la cultura helénica. He tenido ocasión de viajar con él y su familia por el Egeo, y les puedo asegurar que el oriente del Mediterráneo es su territorio, su verdadera casa, y que no hay rincón de la Hélade, de Asia Menor, de Creta, que no sea su patria: tal es el grado de complicidad y de fusión de su espíritu con los espacios donde floreció la civilización más alta que hayan conocido los siglos.

Últimamente, merced a los cursos anuales que Francesc Casadesús Bordoy organiza en las Islas Baleares, he tenido ocasión de coincidir varias veces con Alberto. Y he comprobado que, cuarenta años después, sigo aprendien-

do de él tanto o más que cuando lo conocí, en el CSIC de la calle madrileña del Duque de Medinaceli, recién acabada mi carrera, cuando él participaba en la redacción del primer fascículo del *Diccionario Griego-Español* de Rodríguez Adrados. Fue entonces cuando dio a las prensas, en la extinta Editora Nacional, unos *Textos literarios hititas* que hicieron mis delicias, pues se incluía en ellos, entre otras maravillas, la versión fragmentaria hitita de la *Epopéya de Gilgamesh*, un cantar que ha marcado mi existencia.

El mayor elogio que podía hacerse entre los germanos del norte de un caudillo muerto en combate se puede resumir en unas pocas palabras que pronunciaba el panegirista de turno: «Ni un solo día lo vi triste». Permítanme que en esta ocasión actúe como panegirista ocasional de mi buen amigo Alberto Bernabé y repita esas mismas palabras dedicadas ahora a él y no al caudillo vikingo caído en la batalla. Una de las maneras más elevadas de ejercer ese humanismo que lo caracteriza y con el que se identifica de forma tan rotunda es su radical e incondicional alegría. Gracias por ella, querido Alberto. La sabiduría no basta. Tú has sabido potenciarla con las virtudes humanas más elementales y, acaso por ello, menos frecuentes: seguirás sonriendo siempre que te imagine.

Madrid, 6 de junio de 2018

Semblanza de Alberto Bernabé (desde un punto de vista muy personal)

JULIA MENDOZA

Universidad Complutense de Madrid

Los editores de este volumen me han pedido una breve contribución en la que trace una semblanza del Profesor Alberto Bernabé Pajares, a quien se dedica este merecido homenaje.

Ante el reto de condensar en unas pocas líneas tantos años de colaboración científica, convivencia profesional y amistad, he optado por recuperar, resumidas, las palabras que le dediqué en la sesión del Congreso dedicada a glosar sus méritos profesionales y personales.

Las palabras que siguen son las de una amiga de muchos años, que les presenta una faceta del Profesor Alberto Bernabé en la que se entrecruza lo personal, lo académico y lo laboral. No encontrarán aquí referencias a sus méritos académicos, ya descritos en otros capítulos de este volumen, ni tampoco a otras interesantes facetas de su personalidad: su gran cultura, su afición a las artes, su extenso conocimiento de la música clásica, que le lleva a publicar críticas de conciertos en revistas de aficionados, su amplio conocimiento de la pintura occidental, el viajero impenitente de los últimos años, su carácter de cinéfilo empedernido, con una particular inclinación hacia el gran cine italiano (ay, aquel Visconti)...

Ahí van, pues, mis palabras de presentación del Profesor Alberto Bernabé en su faceta de colega, compañero y amigo.

Nuestro contacto comienza muy pronto y está circunscrito a la Universidad: somos compañeros de curso, aunque ambos pertenecíamos dentro de él a grupos de amistad diferentes, aunque bien relacionados entre sí. El punto de inflexión de la colaboración entre los dos grupos fue un recordado examen de Arte Clásico, en 5º curso de la Licenciatura, de cuyos detalles no quiero dar cuenta, no sea que establezcamos un mal ejemplo para las generaciones futuras.

El hilo conductor de nuestra amistad es sin duda nuestro común maestro, el Prof. Rodríguez Adrados, pero cuando pienso en esos inicios, lo que a mí se me viene a la cabeza son recintos, locales físicos:

– En primer lugar, el de la sala de autores griegos del Instituto Nebrija de Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Medinaceli 4, a donde estuvimos yendo durante años tres tardes en semana, colaborando en un Diccionario Griego-Español que elaborábamos a mano, con bolígrafo y pluma estilográfica, en fichas blancas, amarillas y verdes, y donde aprendimos a trabajar en equipo, en un grupo de filólogos entusiastas, donde los más expertos ayudaban a los recién llegados en un trabajo abierto (lo mismo le explicaban a uno «quiénes» eran los LXX como le ayudaban a interpretar un pasaje dudoso o a localizar una edición), y en un ambiente cultural también abierto, lleno de las polémicas de aquellos años ‘70 tan estimulantes y complicados, y donde se consolidaron firmes amistades multilaterales que llegan hasta hoy

– O el del antedespacho del Seminario 31 de la Facultad de Filosofía y Letras (hoy edificio A), el Despacho de nuestro maestro el Profesor Adrados, donde, como Ayudantes de clases prácticas o en cualquiera de las otras múltiples categorías de profesores contratados que había entonces, trabajamos en nuestras respectivas Tesis, preparamos clases, algunas con avisos *in extremis*, temas de oposiciones, nuestros primeros artículos y comunicaciones. Y atendíamos la Biblioteca de Clásicas, en cuyo fichero antiguo todavía hay fichas de nuestro puño y letra

– O el de la Sala de Juntas del actual Edificio B, antigua Facultad de Ciencias Económicas, donde se reunía la Asamblea de PNNs, a la que íbamos juntos, mano a mano, como delegados de la Asamblea en nuestro Departamento, y en la que reclamábamos que nos pagaran nuestro mísero sueldo en tiempo y forma, sin retrasos, y la dimisión de Franco; que la contratación de profesores se hiciera en concurso de méritos mediante un baremo objetivo, y la dimisión de Franco; que los órganos de Gobierno de la Universidad se constituyeran mediante una representación tripartita y paritaria, y la dimisión de Franco. Y pedíamos también la abolición de las cátedras vitalicias (menos mal que no lo conseguimos) y la dimisión de Franco, que tampoco conseguimos.

– Y *last but not least*, el del cine Bellas Artes, donde nos fuimos a ver la película *To Be or not to Be* la víspera del primer ejercicio de una oposición a cátedra que debía haber sido el *casus belli*, un motivo de tensión o de ruptura de nuestra amistad, y se convirtió en cambio en el broche que cerraba una amistad sólida, una confianza basada en el respeto y una lealtad sin fisuras fundamentada en la sinceridad y la confianza que dura hasta hoy mismo.

Y así nos hemos encontrado que se nos han pasado todos estos años colaborando estrechamente, dentro del mismo Departamento, codo con

codo y muchas veces espalda contra espalda, en la Facultad (¡hemos sido tantas veces miembros de la Junta de Facultad al la vez!), en los ámbitos académicos y en los científicos. Alberto siempre ha sido el compañero a quien recurrir cuando hacía falta un trabajo extra, una opinión mesurada y autorizada, un apoyo en cualquiera de los ámbitos. Y, para mí desde luego, un referente con quien contrastar opiniones y estrategias en lo académico, ideas y propuestas en lo científico, confiando siempre en la sinceridad y honestidad de sus posiciones y en el apoyo incondicional y activo cuando la causa o la propuesta le parecía adecuada.

Por eso mi punto de vista es el de una amiga, que es muchísimo más que una colega, así que, para cumplir con lo que se me ha pedido he tenido que esforzarme, dar un paso atrás e intentar la visión desde fuera de Alberto como colega.

Y se me ocurre a mí que hay una cualidad que permea su actitud como amigo, colega y también como maestro y que me gustaría destacar aquí: su generosidad intelectual.

En todos estos años jamás le he visto reservarse una información, un dato bibliográfico, la interpretación de un texto, la valoración de una teoría o incluso una opinión o una conclusión. Cada vez que alguien se le aproxima no ya con una duda específica, sino con un comentario sobre un tema, un trabajo, un texto, Alberto inmediatamente comparte todos los datos que tiene sobre el tema, todas las asociaciones que le sugiere la aproximación que uno le está explicando, todas las ideas nuevas o innovadoras que es capaz de aportar.

Esa generosidad intelectual es una muy rara cualidad en el ámbito académico, y en el científico. Y en mi opinión, esa es una cualidad de oro.

Estas breves líneas ofrecen una mirada muy personal. He intentado condensar en ellas toda la admiración hacia el académico y el estudioso, y todo el afecto y aprecio hacia el compañero y amigo de muchos años.

PRIMERA PARTE

RELIGIÓN

El orfismo en la obra de Ángel Álvarez de Miranda¹

FRANCISCO DIEZ DE VELASCO

Universidad de La Laguna

Ángel Álvarez de Miranda fue catedrático de Historia de las Religiones de la Universidad de Madrid desde 1954 hasta 1957, año en el que falleció prematuramente.

Fue uno de los primeros españoles que trató el tema del orfismo y lo desarrolló en su trabajo de cátedras de 1953-1954², que se titulaba *Las religiones místicas y el problema de su inserción en la historia general de las religiones* y llenaba 212 páginas mecanografiadas. Pero se trata de una obra que no deberíamos conocer, ya que estaba pensada para que la leyesen únicamente cinco personas, los miembros de su tribunal de la cátedra de Historia de las Religiones que formaban Pedro Laín Entralgo (1908-2001), en calidad de presidente y que también era rector de la universidad; Antonio García y Bellido (1903-1972), buen conocedor del tema de las religiones místicas en España al que ya en este momento había dedicado algunos trabajos y quizá el único que tenía un conocimiento profundo de la temática; Santiago Montero Díaz (1911-1985), director de la tesis española de Álvarez de Miranda; Ricardo García Villoslada (1900-1991) y Justo Pérez Santiago (Fray Justo Pérez de Urbel) (1895-1979) que, aunque era suplente, sustituía a Alberto Colunga (1879-1962), que había renunciado.

Se trataba de un tema que interesaba a Álvarez de Miranda de modo especial como también demuestra que en el temario de 60 temas que presenta a cátedras, dedicase, por ejemplo, tres a la religión egipcia anti-

¹ Este trabajo se inserta en el contexto del proyecto de investigación «Bases teóricas y metodológicas para el estudio de la diversidad religiosa y las minorías religiosas en España» (HAR2016-75173-P) del Ministerio de Economía y Competitividad de España, 2017-2020.

² Presenta un preámbulo fechado en octubre de 1953 y fue enjuiciado por el tribunal de cátedras en julio de 1954, toda esta documentación de cátedras se encuentra depositada en el Archivo General de la Administración (legajo 15.122; top. 32/47-48 (05)001.009).

gua, otros tres a la babilonia-asiria, dos a la etrusca, seis a la griega, cinco a la romana, uno solo a la India (incluyendo religión védica, brahmanismo, hinduismo y giainismo –en un evidente italianismo–) y otro a las religiones de China, pero cuatro lecciones completas a las religiones místicas. Se trataba del tema 40 enfocado a las generalidades y a los misterios de Eleusis, el 41 dedicado a los misterios dionisiaco-órficos y a los misterios menores (Andania, Samotracia, etc.), el 42 que trataba de los misterios frigios (Atis, Cibeles, Adonis, etc.) y el 44 que repasaba los misterios egipcios y los misterios iraníes-Mitra. Por tanto el orfismo lo trató en un mismo conjunto con el dionisismo que denomina misterios dionisiaco-órficos, una elección que repasaremos con mayor detalle más adelante.

Pero para entender las características de su aproximación a las religiones místicas y en particular al orfismo hay que insistir en que Álvarez de Miranda no lo desarrolló para que fuese publicado tal y como lo redactó en su trabajo de cátedras. Entonces, ¿por qué lo conocemos? Dado que murió dejando buena parte de su producción científica inédita o publicada de modo disperso, su viuda, Consuelo de la Gándara, emprendió una labor de rescate editorial que llevó a que viesan la luz cuatro monografías póstumas. En 1959 y en la editorial de Cultura Hispánica, apareció en dos volúmenes (de 471 y 455 páginas) la recopilación de trabajos, tanto inéditos como ya publicados, titulada *Obras* (Álvarez de Miranda, 1959) y tres años después se publicó como una monografía de 218 páginas la traducción española de su tesis italiana bajo el título de *Ritos y juegos del toro* en Taurus (Álvarez de Miranda, 1962). También en la misma editorial un año más tarde y con un título, *La metáfora y el mito*, que le puso el director de la colección, Jesús Aguirre, y que no reflejaba en absoluto la temática y la voluntad de su autor, se publicó como pequeña monografía de 72 páginas (Álvarez de Miranda, 1963) un trabajo que ya había presentado completo a cátedras y había publicado parcialmente en la *Revista de ideas estéticas* diez años atrás (Álvarez de Miranda, 1953), y que además ya había tenido cabida en el volumen segundo de *Obras*. El autor lo había titulado *Poesía y religión* y en él analizaba los elementos de religiosidad arcaica presentes en la obra de García Lorca. Es en ese contexto de manipulación de títulos y publicaciones póstumas donde, dos años después de la publicación de *Obras*, recortando el título original y con un prólogo de Pedro Laín, vio la luz el libro que nos interesa, que ahora se titulaba simplemente *Religiones Místicas*, alcanzaba las 244 páginas y aparecía en la prestigiosa editorial de la Revista de Occidente

(Álvarez de Miranda, 1961), pero que salvo muy mínimos cambios, reflejaba el trabajo de cátedras.

El orfismo se insertaba como una de las religiones místicas en un esquema de clasificación de religiones que era justamente la piedra angular del programa de Álvarez de Miranda, en su vocación de historiador general de las religiones, pero que quedaba escamoteado en el título recortado del libro de 1961. En efecto, Álvarez de Miranda propone clasificar las religiones en cuatro categorías: primitivas, nacionales, místicas y universales, pero ¿de dónde saca esta categorización? En su libro de 1961 no lo evidencia en ningún momento y seguramente lo hubiera hecho si hubiera podido publicar la monografía en vida, porque dicha clasificación se la debía a Raffaele Pettazzoni, su maestro italiano y director de su tesis, presentada en la Universidad de Roma en 1952. Una de las pruebas más claras de este débito es que a fines de 1953 Álvarez de Miranda estaba trabajando en un artículo para la revista *Emerita*, que presentó en galeradas a la oposición (pero que demoró tres años en publicarse) y que trataba de la irreligiosidad polibiana (Álvarez de Miranda, 1956) y derivaba de su tesis española, dedicada al historiador de Megalópolis y que había presentado en 1953 bajo la dirección de Montero. Era la época en la que también estaba redactando su monografía de cátedras sobre las religiones místicas que nos interesa en este trabajo. En su artículo, al defender el carácter de la religión griega como religión nacional, habla del «contenido de la 'religión nacional' por oposición a las supranacionales y a las místicas» (Álvarez de Miranda, 1956: 29), y en este punto cita explícitamente dos obras de Pettazzoni que exponen esta clasificación, un artículo que incluyó en el primer número de la nueva revista de la Universidad de Columbia, *The Review of Religion*, (Pettazzoni, 1936-37) y un capítulo que se titulaba precisamente «Religioni nazionali, supranazionali e misteriche» en un volumen misceláneo (Pettazzoni, 1946: 153-168). Por tanto encontramos que el esquema clasificatorio que usa Álvarez de Miranda y que será básico en su reivindicación del carácter específico de las religiones místicas, deriva directamente de Pettazzoni. Se nos plantea entonces la pregunta de por qué no lo citó en su justa medida en su trabajo de cátedras que luego conocemos como libro, ya que trata casi monográficamente de estos asuntos de clasificación en sus dos primeros capítulos. Y la hipótesis más plausible es que no lo hizo por no enfrentar las sensibilidades del tribunal de cátedras y en especial para seguir los consejos de su maestro español, Santiago Montero. La posición de Pettazzoni contra el padre Wilhelm Schmidt, quizá el más apreciado

en España de entre los estudiosos de las religiones, y además recientemente fallecido a comienzos de 1954, pudo resultar determinante en su silenciamiento³.

Por tanto, y aunque por razones tácticas no aparezca de modo suficientemente evidente en el trabajo, Pettazzoni es piedra angular de la perspectiva con la que Álvarez de Miranda encara la cuestión de las religiones místicas, un elemento más que ayuda a apuntalar el planteamiento de Natale Spineto⁴ respecto de que el español fue el más fiel a los presupuestos de Pettazzoni de entre todos sus discípulos.

Avanzando un paso más, analicemos si su caracterización del orfismo, que es el tema que nos interesa más específicamente en este trabajo, deriva también de Pettazzoni. El italiano era una referencia internacional desde que había dedicado al asunto una monografía (Pettazzoni, 1924) en la que el orfismo se asociaba a los misterios dionisiacos, y hay que tener en cuenta que Álvarez de Miranda tenía este libro en su biblioteca privada que donaron sus herederos a la Universidad Complutense y allí puede consultarse. Pero, además, en su vertiente docente, Pettazzoni en su calidad de profesor de Historia de las Religiones en la Universidad de Roma, había dedicado hasta cinco cursos a impartir este tema, resultando particularmente relevante para nuestros propósitos el último, el de 1952-1953⁵, puesto que fue con el que se despidió de la docencia activa y el único que coincidió con la época de la estancia romana de Álvarez de Miranda. Tenía un título especialmente significativo para nuestros propósitos: «Religioni nazionali, supernazionali, misteriche, con particolare riguardo alle misteriche» y constó de cinco lecciones de introducción y desde la sexta en adelante se centró en los misterios antiguos, dedicando todo el mes de enero de 1953 a los misterios órficos. Es justo la época en que Álvarez de Miranda está preparando el texto de su trabajo de cátedras, y probablemente debió de asistir a las clases de su maestro o cuando menos a algunas de ellas. Dichas clases, recopiladas por Angelo Brelich, condiscípulo de Álvarez de Miranda, aparecieron como

³ Más argumentos en Díez de Velasco (2017: 117-119).

⁴ Expuesto en la Jornada Académica «La Historia de las Religiones en España: la influencia de la escuela italiana. Homenaje a Ángel Álvarez de Miranda», organizada por el Instituto de Ciencias de las Religiones de la Universidad Complutense de Madrid el 14 de noviembre de 2016.

⁵ Los anteriores fueron el de 1930-31 titulado «I misteri», el de 1938-39 titulado «Le religioni di mistero», el de 1939-40 titulado «Fenomenologia storico-religiosa dei misteri» y el de 1943-44 de nuevo titulado «I misteri».